

ANTONIO CUSSEN. *EL MILENIO SEGÚN VIRGILIO*. 3 VOLÚMENES. SANTIAGO: EDICIONES TÁCITAS, 2018. VOL I: *EL MILENIO SEGÚN VIRGILIO*. ENSAYO: 495 p.; VOL II: *LA ENEIDA. EDICIÓN LATINA*, ANTONIO CUSSEN: 386 p.; VOL III: *NOTAS PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE LA ENEIDA*: 211 p.

LOS LATINISTAS

El milenio según Virgilio es una obra maciza, dividida en tres volúmenes que suman más de mil páginas. El primer volumen contiene un ensayo de interpretación de la *Eneida*. El segundo volumen corresponde a una nueva edición de ese poema, en su lengua original, establecida conforme a las premisas y hallazgos del ensayo precedente. El tercer volumen, por fin, contiene un minucioso aparato de “Notas para la reconstrucción de la Eneida”.

El milenio según Virgilio se presentó a fines de marzo de 2019 en un museo santiaguino abarrotado de público. Anochece ya cuando el ensayista, poeta y filólogo, Antonio Cussen, apareció para relatarnos cómo había dedicado 35 años a resolver un antiguo y vasto misterio. La escena me recordó una de esas películas en las que un arqueólogo aventurero relata su descubrimiento de una ciudad perdida en la selva o el desierto. Algo de eso hay en esta obra de Cussen, cuyo objetivo es demostrar la existencia de un “templo verbal” escondido en la intrincada selva de palabras formada por los 9.900 versos que componen la *Eneida*.

Como es sabido, la *Eneida* relata los orígenes mitológicos de Roma. Después de la destrucción de Troya, Eneas y un puñado de sobrevivientes vagan por el Mediterráneo buscando una nueva tierra en la cual establecerse. Tras muchas aventuras, llegan a Italia donde batallan con sus habitantes hasta asentar ahí la estirpe de Rómulo y Remo.

Un milenio después –un milenio mítico–, Virgilio poetizó esa leyenda épica. El poeta latino compuso su obra entre el 29 y el 19 a. C. Lo rodeaban, en esos años, las ruinas físicas y morales de la república romana desangrada por sucesivas guerras civiles. Un ánimo apocalíptico lo dominaba. Pero Virgilio mantenía una esperanza. Quizás Augusto –el primer emperador– pudiese restablecer el orden y así salvar lo mejor de Roma. Un nuevo milenio venturoso, una edad de oro, podría iniciarse.

Ya Suetonio vio que, además de ser un poema sobre la fundación de un pueblo, la *Eneida* es una alegoría de la gesta re-fundacional, política y ética, en la que

trabajaba Augusto. Antonio Cussen va más lejos. Mediante un concienzudo trabajo de análisis filológico, Cussen demuestra que la propia arquitectura del poema representa un matemático “templo verbal” en cuyo centro preciso (el verso hexámetro 4.951) se encuentra Augusto.

La *Eneida* es un libro-templo, es una catedral de versos que relata el pasado mítico de una civilización y al hacerlo le señala su futuro ideal. Tamaño monumento entrañaba un programa político. Parece que Virgilio deseaba inspirar con sus versos al posible salvador de Roma y a sus herederos. Augusto, además de político y soldado, era lector de poesía y escritor él mismo (qué improbable suena esta mezcla hoy día). Deseoso de influir en el emperador y de indicarle un rumbo a esa edad de oro que soñaba, Virgilio dejó en su poema variados mensajes simbólicos y claves matemáticas para señalar esos mensajes. Pero no vivió para ver la influencia real de su obra cumbre. Murió el año 19 a. C., apesadumbrado por las señales funestas que divisaba en ese nuevo milenio soñado que ya comenzaba. ¿Habría adivinado que, tras el severo imperio de Augusto, se preparaban las tiranías desenfrenadas de Tiberio, de Calígula, de Nerón? Desde su lecho de muerte el poeta ordenó quemar su obra inédita. El propio emperador Augusto lo impidió y, tras editarla someramente, mandó publicarla.

Así como en la *Eneida* hay un templo verbal escondido, en el ensayo de Antonio Cussen hay una novela oculta. “Con el descubrimiento de la estructura del milenio virgiliano tenía [...] la solución del misterio, pero no tenía la prueba. Era como si en una novela de detectives hubiera encontrado y encarado al culpable, para que luego éste me dijera: ¿dónde están las pruebas?” (Vol. I, p. 182).

Para probar su hallazgo, el detective Cussen empleó la paciencia del filólogo clásico y la pasión de un místico cabalista. Los lectores lo vemos contar y descontar versos, sílabas y letras para descubrir que la *Eneida* tiene 361.600 letras, que equivalen al número de días en el milenio virgiliano compuesto de 990 años más una “última edad” –un período de transición entre un milenio y el próximo– que dura una década. Asimismo, los lectores vemos a este filólogo-detective descifrando palabras al revés y al derecho o descubriendo anagramas y acrósticos en la métrica rigurosa del complejo poema.

Ese entusiasmo docto, obsesivo y detectivesco, alcanza por momentos un frenesí que resulta aún más novelístico. Pero Cussen controla su entusiasmo mediante la sensatez y el humor. Su sensatez se manifiesta –entre otras cosas– en un estilo exacto y diáfano, libre de jerga académica: toda una hazaña en un libro tan erudito. A su vez, el humor de Cussen le facilita, de vez en cuando, reírse de sus propias infatuaciones intelectuales. Así nos cuenta cómo ya en 1984 le pidió a unos amigos suyos, periodistas estadounidenses, que lo ayudaran a publicar sus primeros hallazgos ¡en el New York Times! Previsiblemente, ellos no lo escucharon.

Ese mismo humor permite a Cussen interpolar, en el capítulo II de su ensayo, un imaginario coloquio de académicos en el que se discuten –y a veces se refutan– algunas

de sus propias tesis. Con ello, este doctor en literatura comparada hace evidente que escribió su tratado fuera de la universidad, apartado de las burocracias del conocimiento que podrían haber cercenado libertades como ésa.

Tal como dentro de la *Eneida* hay un templo, y dentro de *El milenio según Virgilio* late una posible novela, en el interior del minucioso filólogo que es Antonio Cussen arde el alma de un poeta. Su percepción de las estructuras matemáticas en los textos se remonta a una pasión juvenil por la poesía concreta, la que –dice él– “no se escribe con palabras sino con letras” (Vol. I, p. 341). Asimismo, Cussen confiesa que su primera visión del templo escondido en la *Eneida* no provino de una deducción laboriosa, sino que estalló en su mente como una inspiración fulgurante: “En ese momento vi [...] una pugna entre enormes masas de luz y de tinieblas, y luego observé todo un territorio de gran paz y belleza” (Vol. I, p. 18). Esta espléndida inspiración original fluyó de una actitud modesta, casi despreocupada: “Las facultades mentales de las que yo hacía uso [...] no eran ni el cálculo ni la razón. [...] Todo lo que hacía [...] era como un juego” (Vol. I, p. 68). Esta idea del juego como “método poético” de descubrimiento, ese espíritu lúdico inicial e iniciático, recorre el ensayo de Cussen regalándonos algunos de los momentos más felices del libro.

En esta época de *fast-literature*, de libros escritos a la rápida y superficiales, la obra de Antonio Cussen tiene mucho de gesta épica. Fueron 35 años dedicados a probar y profundizar una inspiración. Media vida consagrada a explorar vastas y contradictorias bibliografías, acumuladas durante dos milenios, sin dejarse intimidar por ellas, manteniendo la fidelidad a una visión original.

Paul Valéry añoró la lentitud y la tenacidad de aquellos poetas y prosistas para los cuales “existía una especie de Ética de la Forma que conducía al trabajo infinito. Los que se consagraban a ella sabían bien que mientras más arduo es el trabajo, es menor el número de personas que lo conciben y lo aprecian; trabajaban por muy poco, y como santamente...” (P. Valéry, *Variedad II*. Losada, Buenos Aires, 1956.)

Cussen trabajó así: como si su tiempo fuera infinito, y casi santamente.

La noche de la presentación de *El milenio según Virgilio*, en ese museo santiaguino, un grupo de jóvenes vitoreó al autor desde el fondo de la sala. Maravillado por tanto entusiasmo, me pregunté en voz alta: “¿Quiénes son esos?”. En la penumbra alguien susurró: “Son los latinistas”.

Los latinistas aún existen. Han sobrevivido a los siglos y al nefasto desprecio de las humanidades que empobrece nuestro milenio (esta edad que no es de oro, ni es de plata, sino de plástico). Esa terca y alegre resistencia de los latinistas nos infunde esperanzas. Virgilio no cantó en vano.

Carlos Franz
Escritor